



Tarja 14-15

## TARJA

Dirección:

BUSIGNANI

CALVETTI

FIDALGO

GROPPA

PANTOJA



Jorge M. Soto - 10 años - Jujuy

## El Labrador

El labrador labra la Tierra con su mayor amor.  
Es el que nos da el pan en el mundo.  
Es el que consuela el amor de los hijos.  
En los lejos se va como una paloma que anda.

Leónides Calpanchay - 8 años - Tilcara



341

Jorge M. Soto - 10 años - Jujuy

## El Labrador

El labrador labra la Tierra con su mayor amor.  
Es el que nos da el pan en el mundo.  
Es el que consuela el amor de los hijos.  
En los lejos se va como una paloma que anda.

# Tarja

Cuando conversamos con un hombre de pueblo y entre otras cosas nos referimos a la situación del libro argentino, o del libro en la Argentina, y, como en toda conversación llegada a este punto terminamos por convenir en que ya no se puede leer, que para comprar un libro es necesario pasar por un proceso previo de indignación por lo absurdo de su precio, etc., es muy posible que con toda atención este hombre nos mire tan confuso como asombrado. En esa respetuosa perplejidad podremos ver, si deseamos, el índice más cierto y más dramático que hoy particulariza a la cultura en la Argentina.

A la actitud de nuestro ocasional interlocutor, desgraciadamente difundida en millones de compatriotas, no le puede corresponder más de una explicación.

Para alguien de 40 ó 50 años, lejano lector de las cartillas que en un tiempo constituían el sumun de la enseñanza primaria, qué puede expresar el precio de un libro? En una cotidiana y dura supervivencia este hombre sólo pudo ocuparse de lo inmediato y vital; y en su formación, o no formación, el precio de un libro fué una cosa tan prescindible como el precio de un automóvil, aunque para esta escala de necesidades haya un consentimiento casi general en el que por un falso ideal de vida y confort adquiere más importancia el automóvil que la biblioteca casera.

Siguiendo con este ciudadano —alfabeto, como lo pretenden las apariencias de nuestros censos—, pensamos que en su trayectoria fué un ciudadano más que soportó a todos los colores de gobierno con sus Ministerios de Educación e Instrucción Pública indebidamente aureolados con el tutelar paternalismo de la cultura.

Así es cómo surge la evidencia de una acción cultural casi completamente fallada, y su consecuencia, entre otras, son los millones de posibles lectores perdidos, ya que es muy cierto que este hombre ante cualquier insinuación o consejo, se disculpe pretextando su avanzada edad para comenzar a estudiar, su poco tiempo para ser un lector.

Entonces pensamos en esa otra gente más joven, en esa generación que llegó a un distinto nivel de cultura, y nos damos cuenta que no es mucho lo que leen; y desmenuzando más, nos entra cierta desazón ante lo extraño de sus preferencias.

Gran parte de estos presuntos lectores ejercen esa actividad con el único fin de llenar algunas horas que inexplicablemente les quedaron sin compromisos. Recurren al ligero pasatiempo

de la revista con la que el libro comienza por no poder competir ni siquiera en precio. La costumbre hace el resto, y luego será muy difícil poder dar con un libro equivalente en sensaciones primarias y sensibleras. El resultado es un torpor del gusto, de la sensibilidad; una deformación y un regocijo casi animal de los instintos más primarios: el puño, la bala, los fumaderos, el asalto a los pagadores, la prostitución, las drogas, etc. Un libro en el estante, es un mundo. Y esos mundos silenciosos nunca podrán discutirle primacía a la parlanchina revista interjectiva, mal redactada, peor ilustrada y con el veneno sutilmente dosificado de un contenido antisocial en el sentido más estricto de la convivencia y la valoración humana. Un libro requiere una disposición previa que los desvirtuados resortes psíquicos de esa gente les impide tener. Cuando mucho, el máximo esfuerzo los acercará hasta los grandes novelones. Y resultarán ser otros tantos lectores perdidos que significan varios miles de argentinos.

Así llegamos al lector que la mayoría de las veces inclina sus preferencias hacia autores clásicos y modernos, pero de otras literaturas. Al autor nacional, si bien no lo evita, lo honra con su atención cuando se entera de su fallecimiento o cuando veinte o treinta años de actuación en las letras le garantizan la inversión de su precioso tiempo.

Esta circunstancia, los costos ridículos y la escasa venta, hacen que se edite poco —ya referido concretamente a nuestros escritores actuales—. Los pequeños tirajes resultan demasiado caros. Por este motivo, editores y lectores no desean correr el albur de una onerosa equivocación, siendo lo más cuerdo editar y comprar lo bien conocido. Resultado de esto es un infinito círculo vicioso del que la actividad editorial, por ser una actividad comercial, no podrá salir, ya que no sería lícito exigirle que dejara de velar por sus exclusivos intereses. En este sentido las honrosas excepciones no pesan tanto como para inducirnos a razonar de otro modo.

Tal vez esta referencia a los actuales escritores nacionales pudiera parecer una disgregación sin mayores asideros con respecto al verdadero problema del libro, pero no será así si es que nos detenemos a contemplar cuán necesitado está nuestro proceso cultural, como nación, de mantener en permanente estímulo la actividad de sus creadores en medio del más amplio intercambio con todos los creadores del mundo.

En síntesis, la mayoría de nuestro pueblo no lee; la parte de ella que pretende el título de lector, lee mal; y una minoría se encuentra conquistada por otras literaturas cuyas ventajas de publicación sobre la nacional son evidentes. El libro de autor argentino, en consecuencia, tiene poco mercado, y mientras siga subiendo su costo en comparación con el proteccionismo a uno impreso en el extranjero, o al de un escritor extranjero que por no liquidársele derechos de autor resulta ser más barato, menos accesible será para la gente que en alguna oportunidad quiera acercarse —aunque más no sea que por curiosidad— al autor nacional, quien resulta ser una desvalida curiosidad demasiado cara para un pueblo empobrecido.

*Cuando yo comencé a escribir sobre motivos y hombres de nuestra campaña, de las chacras y estancias litorales, tuve, forzosamente, que revisar mis propias experiencias y evocar a los hombres que había conocido. ¿Por qué elegí al peón, a Méndez, a don Gauna, a don Venancio, o a don Goyo, como personajes? ¿Por qué recordé mejor al turco Ayub que al jefe de policía o al senador por el departamento, siendo que por mi condición social estaba más cerca de éstos que de aquéllos?. No fué, en realidad, por influencia de Gorki, de Hernández o de Hudson, sino a impulsos de mi conciencia política y social, de mi propia experiencia como colono o auxiliar de las estancias de capital anónimo, y también porque traía en mí los gérmenes de una educación liberal, progresista, abonada desde la infancia por el sufrimiento de esa clase media, de la pequeña burguesía, que trata de aparentar y que sólo medra a costa de sacrificios, de servilismos o de obsecuencias.*

*Mi padre, hombre de gran cultura y de viva inteligencia; periodista y poeta en su juventud, ensayista; revolucionario el 90; masón y librepensador, vivió en la pobreza de cuello duro y casa más o menos bien puesta pero ajena, en varios pueblos de Entre Ríos y Santa Fe. Su hogar estuvo permanentemente azotado por la política, la pobreza y el resentimiento de quienes no podían tolerar los desplantes individuales de un hombre a quien consideraban un intelectual pero al cual debían fiarle ropas y alimentos; a quien despreciaban en lo íntimo porque no tenía bienes y vivía alegremente, y al cual siempre debían pedirle un consejo o una orientación.*

*En este medio transcurrió mi infancia; entre muchachos que me decían masón persignándose o que me miraban con algún resentimiento porque eran más pobres que nosotros.*

*Muy joven debí emplearme, sin mayores entusiasmos por los estudios secundarios que inicié rindiendo un examen escrito encerrado en una estrecha habitación en la que un esqueleto parecía mirarme con sus cuencas vacías y señalarme el destino de una instrucción fría y cadavérica. Salgari y Poe, que alternaba sin método por*

esos años, me ofrecían un campo más ancho y libre.

Comencé a trabajar a los trece años en un vapor de carga y pasajeros que hacía la carrera de ida y vuelta entre La Paz y Rosario y en él conocí a hombres originales, que me trataron con simpatía ruda. Marineros de a bordo y changadores y peones estibadores de los puertos, fueron mis primeros amigos.

Después mi padre consiguió emplearme en el Banco de la Nación y comencé a recorrer una etapa de empleo de poco sueldo y cierta figuración en pueblos y ciudades, hasta que la edad del servicio militar me encontró cuidando ovejas al tercio en un lejano rincón de Entre Ríos. En esa oportunidad conocí hombres y animales, tomé contacto, desde abajo, con una vida rural bravía, azotada de tormentas, inundaciones, langostas, autoridades arbitrarias, patronos, gauchos unos, insolentes y bárbaros los más y bolicheros acriollados y ladrones. Tenía 20 años y no consideraba que mi destino pudiese ser otro, separado así de mi familia y sin más vínculos sociales que los que había formado en el medio rústico en que vivía. Adaptado a la vida solitaria y a esa ancha libertad del campo, alternaba los trabajos con la lectura, el boliche con los largos arreos, una excursión nocturna con algún amigo accidental hasta un rancho lejano donde bailábamos o tomábamos mate dulce con la humilde flor del pago y su abnegada progenitora y el cansador cuidado de las ovejas en la época de la sarna o de las lluvias otoñales.

Arrancado de esa curiosa manera de vivir, volví a mi casa por algunos años. Vivíamos en un pequeño pueblo, que siempre recordaré, una vida minúscula, rutinaria, casi sin alternativas. Días y noches, semanas y meses, todos parecían iguales. En ese clima fueron madurando en mí y creciendo, los recuerdos y las experiencias, y quiero decirlo, por que lo considero de algún interés, me sentí por completo libre de todo sentimiento de inferioridad social. Había aprendido a manejarme solo, a respetar la capacidad de mucha gente humilde, su bondad natural, y también a compartir sus dolores. Los patronos me habían mostrado esa faz que conocen solamen-

*te los pobres y los pobres su corazón. Sentía en mí crecer esa instintiva reserva de los que saben que todo lo deben pagar con su trabajo, su obediencia o su servilismo, y comencé a meditar un poco sobre esa realidad, que a pesar de sus desazones no era sombría, y que de su propio costado herido arrancaba los acentos de la esperanza, de la rebeldía, de la gracia irónica.*

*He completado estas experiencias en sucesivos trabajos y de modo principal, en los últimos años de periodismo activo, que me han servido para hacer más comunicativa mi expresión, o al menos así lo supongo.*

*Todos sabemos lo duro que resulta desarrollar cualquier tipo de actividad independiente bajo ciertas condiciones políticas dudosamente democráticas, pero el ejemplo de dignos compañeros de trabajo hacen que me sienta, casi a la vejez, conforme con este oficio tan vilipendiado, principalmente por los que hablan de un arte puro. Al ejercicio periodístico debo, talvez, una mayor disciplina en el trabajo de escribir y en mi caso, creo que contribuyó a mejorar mi lenguaje literario haciéndolo más claro y expresivo. No soy, por lo tanto, de aquellos que atribuyen sus imperfecciones a la deformación que suelen imponer los oficios. No trato de esta manera de explicar mi propia literatura, sino de ofrecer un ejemplo de lo que considero esencial en todo escritor: la conciencia precisa de lo que representa socialmente, de lo que es y de lo que debe aspirar a ser.*

*He debido, forzosamente, y también gustosamente, procurarme una información necesaria para llenar el vacío de mi falta de estudios sistemáticos. Frecuentemente aparecen esas lagunas en mi modesta y pequeña producción literaria. Creo, sin embargo, que hay una edad en que es necesario leer. A mí me sirvieron como cimientos firmes, los clásicos griegos, Cervantes, Bernard Shaw, Gorki, Hudson, Payró y Fray Mocho, leídos y vueltos a leer.*



# Monólogo de Sarmiento

## *canto I*

He aquí que mi destino era la soledad  
Pero más incomprensible aún que la de esta patria interminable,  
que todas sus leguas que hacia arriba y abajo se extienden.

Sentía que mi cuerpo se desgajaba,  
que viejas luchas se aposentaban en mi cuerpo.  
Me reía, sin embargo, con llamaradas jóvenes.  
Loaba tales desgajamientos andinos  
que iban adiestrando a mi corazón.

Miraba partir hacia los próximos árboles jinetes,  
a plateados jinetes con alforjas,  
y alforjas y espolines y gracia y salud.  
Iban y venían de grandes incendios, de aconteceres.  
Yo quedaba aún perteneciente al clima venerable;  
a los viñedos, al higueral, al fondo huarpe:  
a la arena del Cuyo misterioso, dios y niño.  
Quedaba con el retumbar de los adioses y de la muerte,  
aparejando mi magisterio, mi callada inminencia,  
hasta el verdor postrero.

¿Qué puedo ser sino tierra y arena terribles,  
feliz y ciego resonando con mis antepasados?  
¿Qué, con esos tristes, locos y terrestres?

Y lo mismo que un dragón inalcanzable, me hería y ensalzaba,  
besando el polvo original.

Nicandro Pereyra

Mucho trayecto se ha recorrido en el camino de los conceptos y más han variado las leyes y el lenguaje de la estética, desde la fecha —Junio 1933— en que exhibía por primera vez un conjunto que comprendía xilografías y dibujos en el desaparecido subsuelo de “Signo”, donde bajo la dirección de Leonardo Estarico y Emilio Pettorutti se daba cabida, a todas las expresiones plásticas, consideradas de interés. Circunscribo concretamente este comentario a los factores que determinaron los planteos de mis primeras búsquedas y las posteriores influencias que gravitaron en las sucesivas etapas de mi carrera.

Comenzaban a incrementarse las corrientes de información sobre los problemas que agitaban el mundo de las ideas y a tomarse conocimiento de la transformación que se operaba más allá de nuestras fronteras y de nuestro limitado círculo cultural. Coincidió esta muestra de mis primeras obras con la polémica suscitada en torno a las duras expresiones vertidas por David Alfaro Siqueiros, en la charla ofrecida desde la misma peña de “Signo”. Siqueiros, recientemente llegado al país como representante de la escuela mexicana, integraba la trilogía que, conjuntamente con Diego Rivera y Clemente Orozco, enjuiciaba los conceptos y la procedencia foránea de las manifestaciones artísticas que imperaban en el Continente, preconizando el advenimiento de un arte popular revolucionario, arte para las masas desposeídas de Indoamérica, de contenido social y exclusivamente americanista.

Los integrantes de la Escuela Popular de las Artes del Grabado de México, forjada en la fragua de la lucha revolucionaria que transfiguró en esencia y contenido la estructura del régimen político-social dominante, constituyó un factor de indudable importancia en el adoctrinamiento e ilustración de las masas paupérrimas. Conviene recordar que José Guadalupe Posada, el xilógrafo por excelencia de la época, fué el primer maestro de Diego Rivera. Advertida la necesidad de transmitir el mensaje de las ideas emancipadoras a todos los rincones

del país, en forma directa e inmediata, se recurrió a la estampa impresa como vehículo de propaganda, y más precisamente a la xilografía, por su simple e íntima vinculación con el proceso de impresión y el arte de la imprenta. Despojada de los híbridos atributos y las concomitancias que la desvirtuaron a través de los siglos XVIII y XIX, adquirió extraordinaria fuerza expresiva en manos de estos artesanos que, renovando sus medios técnicos, aprovecharon el valor de la línea pura y el vigor de los contrastes, eliminando todo lo superficial y superfluo. En mis comienzos, las primeras planchas se ajustaban a esta modalidad; ejecutadas en madera de fibra revelaban la nitidez y la limpieza de los cortes, con el empleo de un solo instrumento cortante (cuchilla) obteniendo en esa forma, toda la variante de incisiones: planos y trazos lineales, se destacaban por el dominio de vigorosos contrastes de blanco y negro.

Paisajes suburbanos y figuras del pueblo, reducidas a sus elementos esenciales en virtud de esa síntesis y depuración, adquirirían vigor y plasticidad en su factura, y sugerencia en el contenido, confiriendo a la estampa un carácter de primitiva pureza y noble artesanía gráfica. El clima predominante en la temática de esta etapa se conformaba a la preocupación latente de los artistas e intelectuales de Indoamérica, dirigido especialmente al despertar de la conciencia de las multitudes, a su sentido de liberación y a la angustia de un presente condenado de antemano a la alternativa del avasallamiento y la locura bélica. Contenido profundamente humano que caracterizó el pensamiento de George Grosz, Kaethe Kollwitz, Frans Masereel, Anatole France, Romain Rolland, Leonhard Franck y muchos otros, que desde Europa bregaban por los mismos fines.

Incursionando en un campo de más amplias posibilidades, introduje variantes en el concepto general de la talla que enriquecieron su representación gráfica. Con la ayuda de un nuevo tipo de instrumento de trabajo —la gubia curva y la triangular— descubro paulatinamente los valores del medio tono, traducidos gráficamente

te en juegos de grisados y diversas calidades de texturas que con los mismos efectos pictóricos del pasaje y degradación, creaba zonas intermedias entre los planos de blancos y negros. Esta modalidad aunque modificó exteriormente la estructura de la estampa, no llegó al artificio ni afectó el carácter substancial de la misma.

Está demostrado que la utilización excesiva de recursos técnicos, recarga la estampa sin ahondar en los valores de la misma, el rebuscamiento de efectos triviales conduce a la monotonía y a falsos planteos de habilidad manual.

Si bien en algunos grabados desmenuzaba las formas en trazos y tonalidades sinfónicas que vibraban como los acordes arrancados a un instrumento musical, extremaba su limitación para conservar la claridad del lenguaje, la armoniosa distribución de los planos, acentuando la fuerza de un arabesco y haciendo más profunda y sugestiva la densidad de los blancos y negros. El conocimiento de los expresionistas alemanes cuya técnica fui descubriendo, el ejemplo de Masereel cuyos recursos se limitaron en su larga trayectoria a un simple equilibrio de planos sostenidos por cortes yuxtapuestos, contribuyeron a afianzarme en esa posición.

Así se sucede toda una serie de grabados que expresan los variados matices de la realidad argentina, las escenas simples de la vida cotidiana, los paisajes y costumbres del agro, el drama y la poesía del cañaveral y de las tierras norteñas, las ilustraciones de libros, destacándose entre las mismas las ciento ochenta xilografías para Los Santos Evangelios. El contenido de los temas conserva su invariable característica pero su acento se torna más reconcentrado e íntimo, sugiriendo en lugar de gritar la dialéctica de su lenguaje. Llegamos a través de un largo camino al momento crucial del presente, donde se enfrentan las corrientes estéticas más contradictorias en un mundo plástico en completa transformación.

*Asistimos a la prodigiosa vorágine del despertar de una nueva aventura del espíritu humano, ante la incógnita de planteamientos y posibilidades que se abren como una ventana a la sensibilidad y a la receptiva del espectador. Creo que la labor del artista cobra permanencia, cuando su obra se proyecta sin limitaciones sobre las metas del tiempo, su responsabilidad le mantiene alerta a los reclamos y al rigor de las nuevas búsquedas. De lo contrario, es necesario admitir el estancamiento, la rutina, el conformismo y por añadidura, el fracaso.*

*El reencuentro se produce —en lo que respecta a mi particular estimación— con el reordenamiento y depuración del lenguaje plástico, incorporando formas nuevas, subordinando rigurosamente sus elementos a los fundamentos y leyes visuales que rigen el nuevo orden, sin descartar el monólogo interior y la correspondencia espiritual con los estímulos y factores exteriores. Las planchas correspondientes a mi última producción están concebidas en ese planteo arquitectónico y creativo y reflejan un modo de sentir acorde con los problemas del presente, se afianza el concepto del grabado con el mayor aprovechamiento de la calidad del material del que se extraen precisas conclusiones técnicas, apartándolo cada vez más de viejas tutelas y sujeciones, características de un arte menor. Creo que asistimos verdaderamente, al Renacimiento del Grabado.*



## *Las maravillas*

**“Más que tu rey y tus palacios  
viejita de los cuentos,  
da plumas a mi ensueño  
un pichoncito hallado”.**

**LUIS FRANCO**

*Esto ocurrió para enero, después de la última lluvia, la que cayó justo cuando la tierra desfalleciente se disgregaba ya en gris y áspero polvillo y se abría en grietas semejantes a labios atormentados y retorcidos de sed.*

*La siesta había pasado, algunos vecinos se preparaban para escuchar la novela, otros atizaban el fuego de los braseros, arrimándole algún carbón para que la pava hirviera hasta la hora del mate. De pronto se sintió un ruido tremendo, y pensando en un temblor todos corrieron a la calle.*

*Fué para encontrar que el techo de la casa de la señora Vitaliana se había derrumbado, como fatalmente se derrumba lo cimentado sólo en el orgullo y en el recuerdo del pasado esplendor.*

La casa ya definitivamente muerta, enseñaba sus desnudos tirantes y alfajías semejantes al costillar de un enorme, descarnado esqueleto.

Todos sabían que la señora Vitaliana tuvo tiempos mejores: las tierras donde ahora se alzaban las casitas del barrio habían pertenecido a su finca.

Además nadie ignoraba que era una verdadera señora y para quien lo dudase estaba doña María, siempre dispuesta a atestiguar que la señora Vitaliana no tomaba mate como la gente común y que a las cinco de la tarde se servía té, en unas tazas finas y leves como mariposas y al hacerlo encogía el enjoyado dedo meñique con la elegancia y la seguridad que sólo tenían las gente del centro.

Llegó hacía años, cuando después de arruinarse dejó de ser importante. Para mantenerse vendía a los pobres sus tierras, a los ricos sus muebles heredados.

Luego debió pensar en ganarse la vida y para hacerlo acudió a lo que había sido afición de su juventud, hilar, dedicándose a tejer mantas de vicuña.

No faltó quien le sugiriera la posibilidad de obtener una pensión. Limosnas? Jamás! Limosnas a ella, la de la familia de los fundadores! y sus manos por orgullosa respuesta retorcieron con más fuerza el vellón que estaba hilando.

Los vecinos midieron su valor y viendo a quién sólo concebían ocupada en fútiles tareas, dedicada al noble esfuerzo de ganarse la vida sintieron que ahora estaba más cerca de ellos, que sus penas y alegrías eran las mismas de todos, tícidamente la incorporaron al barrio y desde entonces fué simplemente, doña Vitaliana.

•

Cuando llegaba diciembre y el aire tibio invitaba a permanecer en el patio hasta altas horas de la noche, miraba con frecuencia el cielo. Por sus dilatados campos vagaban las Siete Cabrillas, la Paloma y las Tres Marías. Y desde el oriente, con lenta majestad, asomaban los Tres Reyes.

Con la lluvia los campos del cielo quedaban limpios igual que los de la tierra. Entonces se descubrían más y más estrellas. Qué difícil sería correr por allí con los pies descalzos, con tanto vidrio sembrado! Porque las estrellas son vidrios, filosos vidrios de colores. A veces caen a la tierra y los chicos las encuentran en la calle después de la lluvia. Las estrellas verdes son trozos de botellas de sidra. Las azules y anaranja-

das de sifones de soda. Otras hay de espejos. Algunas brillan con innumerables reflejos. Son pedazos de copas como las de doña Vitaliana, que parecen tener un arco iris en el fondo.

Qué suerte que se le cayó la casa a doña Vitaliana! Claro que está mal en alegrarse. Pero de todos modos a la señora no le pasó nada. Además no fué toda la casa. Sólo se derrumbaron los techos de algunas piezas vacías y viéndolo bien, ya está un poco vieja para barrer tanto cuarto. Por otra parte, no lo decía realmente contento, como sus primas a quienes había sentido decir: —Bien hecho lo que le pasa a esa vieja, así no será tan orgullosa y habladora! No, él estaba contento porque después del derrumbamiento habían tirado en el fondo de la quinta las cañas y maderas podridas del techo. Y se las pediría para hacer fogatas al atardecer cuando cansado de subir a las higueras o de recorrer las viñas en busca de algún racimo maduro, cambiaba de ocupación y jugaba a Caín y a Abel.

Siguiendo la leyenda hacía dos fuegos, uno por Caín, otro por Abel. Pero sólo en esto coincidía con la historia. Junto con el fuego del bueno se encendía el del réprobo, cosa que no tenía que ser, o a veces el viento apagaba a los dos.

¿La historia de Caín y Abel sería una mentira? Tendría que preguntarle al papá, junto con otras muchas preguntas que había recolectado. —¿Papá, qué cortan las tijerillas con sus colas? ¿Las frutas que de mañana aparecen como caídas de por sí, o esas nubes blancas, festoneadas, que cubren los cielos de verano? ¿Acaso las alas de los ángeles? ¿Por qué los ángeles si tienen alas no tienen cola? Papá ¿cómo ladran los perros en China?

Volviendo a lo de doña Vitaliana es cierto que era habladora. Pero no es justo que por eso sólo se le cayera la casa. ¿Qué tenía de malo que desde bien temprano hablara con sus pájaros, que al tordo chaqueño lo llamara “su negro”, a las flores “sus hermosas”? Y tan buena que era! Cuando regresaba de hacerle algún mandado, a veces, de acompañarla a dejar sus mantas en los negocios del centro, siempre tenía para él una buena porción de dulce de membrillo. Y no era de esos dulces comprados en el almacén, era del que hacía ella, colado en lienzo y en paila de cobre, dulce que al llegar el invierno, parecía el dorado corazón de un membrillo rodeado de una nevada costra de azúcar.

Y hasta le permitía jugar con la cotorra, el pájaro de más estima que tenía.

Qué alegría era entonces, escucharla gritar desde la jaula:

“Pica, pica, caballito moro,  
que te corre el toro,  
que te corre el toro!”

*O cantar con cascada voz, remedando la de su dueña, la canción que allí en las calcinadas tierras de Telaritos, el pago de las cotorras, después de adornar sus nidos con hojas verdes, cantan las madres para sus pichones:*

*Catita bonita de Telaritos,  
Catita quereme decía un lorito.*

●

*Cuidó todos los detalles. En el cuarto que fué de su tía, hoy lleno de trastos, puso un zapato. A un lado, la jarra con agua, por si tuvieran sed. Como al descuido, dejó en la entrada, junto al jazmín del cielo hojas de viñas frescas y tier-  
nas para los camellos.*

*Se despertó temprano, a la hora que la madre salía con destino a la carnicería. Aún estaban despiertas las plantas, la tierra, y todo lo que vive cuando los hombres duermen. Por eso sentía deseos de respirar hondo, gozando de las intensas fragancias que despedían al vivir.*

*Con sigilo llegó al cuarto vacío. Los camellos no habían probado las hojas, pero en cambio habían devorado el jazmín del cielo, dejando solamente las partes duras. Igual que las hormigas cuando invaden las viñas!*

*Entró en el cuarto cuidadosamente, para no tropezar. Junto al zapato no había nada. Buscó por todos los rincones, luego se sentó pensativo. Era cierto entonces lo que le habían dicho. Los Reyes no iban a venir este año.*

*Le corrió una lágrima que secó con el puño, porque los hombres no lloran. Además afuera reinaba ya el día y desde el fondo de la quinta muchas maravillas le reclamaban: los pájaros, los nidos, las tijerillas recortando el cielo, y seguramente en la tierra húmeda de junto a la acequia, unas huellas enormes, extrañas, nunca vistas: las que dejaron los camellos al pasar rumbo al centro. Y se sonrió sin saber por qué, mientras la vida elevaba su canto, desde el taller del carpintero, desde los fogones domésticos y hasta en el parloteo matinal de la catita de la señora Vitaliana.*

*A, b, c, toda la cartilla la sé  
toda, toda la sé.*

# ¿Qué es la poesía?

*La respuesta del Cancionero Popular Jujeño (1)*

Los poetas, desde hace mucho tiempo, están ocupados, hasta la ofuscación, en debates cuyos temas pueden reducirse a dos: 1) ¿cómo se debe componer poesías? y 2) ¿para qué o para quién se escriben poemas? Antes del *cómo* y del *para qué* resulta imprescindible una cuestión previa: ¿Qué es la poesía? Durante siglos los poetas se desentendieron de esta inevitable cuestión.

El panorama es distinto en el ámbito de la historia de la Filosofía. Platón nos ofrece varias respuestas a esta pregunta. También Aristóteles le dedicó muy serios esfuerzos. Después se produce un largo hiato que habrá de clausurarse a fines del siglo pasado con la aparición de la Filosofía de la Cultura, que trajo un replanteo del problema de la esencia de la poesía: Dilthey y Croce se aplicaron con afán a desentrañarlo. En nuestros días es uno de los temas predilectos de los pensadores conocidos bajo el nombre de existencialistas. Otra importante corriente del pensamiento actual, el neotomismo, reasume el tema en la obra de Jacques Maritain y Marcel de Corte.

El diccionario, tan solícito en resolver problemas con gran economía de renglones, se desentiende de esta cuestión. Su respuesta a la pregunta de ¿Qué es la poesía?, no nos sirve por apresurada y superficial:

“Poesía —nos dice— (del griego *póiesis*) es la expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de que resulta el verso”.

Es una traición del diccionario: ni ustedes ni yo creemos que la poesía sea sólo expresión de la belleza y que los poetas sean meros combinadores de palabras sujetas a medida y cadencia.

Al preguntar ¿Qué es la poesía?, reclamamos una respuesta que nos diga algo acerca del ser que está en la raíz de todo verdadero poema, que reluce en la forma de estos embelleciéndoles y que es la condición necesaria y fundamental para que accedamos a reconocer, en una serie de versos, la jerarquía de lo poético.

Fué esta insatisfacción ante la falsa imagen de la poesía ofrecida por los vocabularios oficiales y las opiniones corrientes la que me impulsó a buscar en la historia de las ideas estéticas soluciones más aceptables. Eso es también lo que me llevó a investigar este tema en la obra de poetas que, como Bécquer, Rilke, Stefan Geor-

ge, Lugones y Vicente Huidobro demostraron preocuparse por esta cuestión. Pero no es del caso repetir aquí las conclusiones de esos esfuerzos. En cambio, ahora deseo hacerles confidencias de un humilde hallazgo que a pesar de su modestia me llena de entusiasmo: las coplas del cancionero popular de Jujuy, si bien no brindan una rotunda definición, en conjunto tienen el valor de una lección verdadera y salvadora, que todos los poetas deben acatar con entusiasmo. No encontraremos, pues, en el cancionero una respuesta única y concluyente, sino varias. Muchas de ellas no se caracterizan por su profundidad, pero todas aportan algo para una mejor comprensión de la poesía. Hay algunas que van mucho más lejos, al extremo de significar valiosas iluminaciones a este problema.

Por lo pronto aquí tenemos una que nos dice que la poesía surge de un acto de generosa complacencia, es decir que ella requiere una disposición favorable del ánimo:

Cuando agarro mi cajita  
será preciso cantar;  
aunque no sé buenas coplas  
soy de buena voluntad.

Me han pedido que les cante  
y ya comienzo a cantar  
porque tengo la costumbre  
de no hacerme de rogar.

En la quarteta que encabeza una larga composición anónima se habla del efecto catártico de la poesía como factor de depuración del alma y remedio de la congoja:

Aquí me pongo a cantar  
para alivio de mis males, etc.

Idéntico mensaje nos traen estas coplas:

Yo no canto por cantar  
ni porque me oigan la voz:  
Canto por desechar penas  
que tengo en el corazón.

Aquí contaré mis penas  
aquí diré lo que siento,  
mi corazón es tan triste  
que lloro de sentimiento.

Mi señor dueño de casa  
prestemé su corredor,  
para cantar cuatro coplas  
y alegrar mi corazón.

Esto equivale a decir que el poeta canta por íntima necesidad de una liberación del ánimo. Este es también el motivo de otra copla que procura esa liberación apelando al espíritu de nuestros semejantes:

Atención pido al silencio  
y silencio a la atención:  
Que me ayude mi guitarra  
vua publicar mi pasión.

Entre los cantores anónimos de Jujuy, hay también quienes consideran a la poesía como a una infalible Celestina cuyos servicios favorecen la seducción amorosa:

Ayer tarde cayó un rayo  
tras el rayo un refucilo.  
Esta noche vva cantar  
hasta hacerme de algún filo.

Cantemos vidita mía  
cantemos mi flor de tusca.  
Que el que no tiene su amante  
es tonto si no lo busca.

Y según lo declara el desconocido autor de esta otra copla, el recurso del canto da buenos resultados en los aludidos menesteres:

Pa solicitar mocitas  
no preciso de razones,  
que solamente cantando  
hago ablandar corazones.

He manifestado ya que hay respuestas más audaces y de luminosos aciertos; el canto —parece decirnos una copla— nace en primer lugar de una necesidad de comunicación humana, de una sed de comprensión:

Oigan, señores, escuchen  
pongansen a la atención,  
agora voy a contarles  
rendido de corazón.

Quizá por eso, el canto trae reclamos de soledad tan conmovedores, espontáneos, humildes y puros como éste:

¡Arbolito de la playa!  
¿llorarás cuando me vaya?  
Arbolito del bordito  
quereme que soy solito.

También encontramos en el cancionero popular verdades de Pero Grullo, que son por eso mismo sólidas e incontrovertibles como toda evidencia:

Este es el remate  
de la Piedra Blanca  
para cantar cuatro coplas  
no preciso Salamanca.

Se puede cantar y hacer poesía sin sabias artimañas:

Yo no soy cantor letrao,  
yo no soy cantor ladino,  
yo le llamo pan al pan  
y le llamo vino al vino.

Pero el saber —la baquía— no estorba si se conserva la modestia y la pureza:

Arbolito de manzana,  
cogollito de membrillo!  
Para cantar soy baquiano  
pero inocente y sencillo.

También hay coplas que nos dicen que la poesía aflora como sobreabundancia de alma y como efusión de sentimientos:

Los cantares que yo canto  
cantares del alma son,  
porque forman un rosario  
prendido del corazón.

Las coplas de mi garganta  
se amontonan par en par,  
aquí estoy, aquí me tienen,  
dispuesto para cantar.

La novedad es una condición exigible en el canto:

Si querís cantar conmigo  
has de cantar coplas nuevas,  
no me traigas cosas viejas  
herencias de tus agüelas.

En el canto se juega íntegramente el hombre, la poesía es un trozo sangrante de su propio ser:

Escuchame enternecida  
que en cada verso que canto  
te envío empapado en llanto  
un pedazo de mi vida.

Por eso las coplas surgen como una afloración natural del hombre:

Coplas vienen, coplas van,  
coplas no me han de faltar,  
coplas salen de mi pecho,  
como agua de manantial.

Caramba que soy alegre!  
cuando me pongo a cantar  
coplas salen de mi boca  
como ovejas de un corral.

De noche salgo a cantar  
porque de día no puedo,  
yo soy como quemazón  
en lo oscuro se ve el fuego.

Muchas coplas de nuestro cancionero nos advierten acerca de una reveladora identificación panteísta de los cantores populares con su contorno, con la tierra misma, y con las humildes cosas que los rodean dispuestas para un diálogo hondo y conmovedor. Los seres físicos parecen animarse con cordial simpatía o compasión para acompañar al hombre en su suerte o su desgracia en esta aventura de la vida y aún en la muerte:

Cuando muera este gauchito,  
siete años han de llorar;  
se han de secar las vertientes  
y los ríos mucho más.

Yo me subí a un alto pino  
a lamentar mi destino,  
como el árbol era fino  
lloraba junto conmigo.

Sauzalito de la playa  
no llorís agua rosada;  
llorarís cuando me vaya  
sangre viva y colorada.

Hay cantares que afirman como raíz de la poesía la voluntad de permanencia del hombre sobre esta tierra; su anhelo de ver aún más allá de sus cortos días; su deseo de perdurar. El canto se descubre así como protesta por nuestra condición de seres efímeros sujetos a una existencia fugaz y azarosa. La poesía —según estas coplas— desafía a la muerte y le roba su aguijón para alzarse con la victoria:

Voy a cantar estas coplas  
por si acaso muera yo,  
en este mundo traidor  
hoy somos, mañana no.

Cuando muera este fulano  
no le recen oración,  
que le canten cuatro coplas  
basta pa su salvación.

A la muerte cuando venga  
la hi de mandar a su tierra  
para que sepa la muerte  
que hi de morir cuando quiera.

Oigan, señores, escuchen  
lo que dice un guitarrero!  
el que se muere cantando  
derechito sube al cielo.

La metáfora, esa insigne mentirosa que —como lo advirtió Aristóteles— nos descubre rutilantes verdades, hace de la poesía un testimonio del prodigio: Veamos en estas coplas de amor esa sorprendente revelación:

Esta noche con la luna  
o mañana con el sol  
iremos a la laguna  
para pescar el amor.

En vano mando a mis ojos  
que no te miren jamás.  
En cuanto yo me descuido  
se me van donde tú estás.

Cuando tus ojos brillaron  
en plena noche sombría  
hasta los gallos cantaron  
creyendo que amanecía.

Pero el canto no es sólo testimonio del prodigio. Entre sus facultades se halla la de ser capaz del conjuro y de la magia:

Yo soy el doctor Chorolqui  
aquel de la larga fama,  
aquel que cantando saca  
diablos de la resolana.

Una copla sostiene que la vocación del canto es un llamado de Dios que el poeta no puede ni debe eludir:

Yo para cantar nací,  
en este mundo traidor,  
porque esa ha sido la suerte  
que Dios me determinó.

¿Y para qué condena Dios a estos seres a cantar sin remisión?  
¿Por qué los coloca en esta temeraria y perpetua aventura

como en el filo de un cuchillo? Heidegger ha llamado a la poesía la más inocente y a la vez la más peligrosa tarea del hombre. Su misión es fundar por medio de la palabra. Rilke le concede el derecho a reordenar el cosmos; para él la poesía es una convocatoria a las cosas para que se alcen de la materia informe y caótica para tomar existencia en nosotros. Platón, en el Ion y en el Fedro nos dice que es Dios mismo el que habla por boca de los poetas. Vicente Huidobro agrega que el poeta es un pequeño dios. Un cantor anónimo va más lejos aún: él asume a Dios con toda su potencia al delarar con inaudito énfasis:

Soy el que pinta las uvas  
y las vuelve a despintar,  
al palo verde lo seco  
y al seco lo hago brotar.

Nosotros no creemos que el poeta sea un dios. Pero, como todo hombre y como todo ser es un testigo de Dios. Su herramienta principal y única es la palabra y este hecho le convierte en un testigo calificado, en un notario del milagro. El da los mejores y los más altos testimonios bajo la condición de no envanecerse por ello. La soberbia es la primera enemiga de la poesía: Rilke nos previno sobre este peligro. Sólo algunos momentos de inocencia nos hacen poetas, cuando nos olvidamos de todo nuestro comercio con la vida:

“Voces, voces. Escucha, corazón mío, como antes sólo los santos escuchaban; al punto que el inmenso llamado los levantaba del suelo; pero, de rodillas, permanecían incontrastables y ensimismados: así escuchaban...”

¿Qué son aquellas voces? ¿Qué debemos escuchar como los santos?

Bécquer viene en nuestra ayuda para decirnos en la primera de sus Rimas:

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora...

361 El diccionario se equivoca: los poetas no fabrican la poesía pialando palabras para hacerlas galopar con ritmo y cadencia. Es la poesía la que enlaza y doma a los cantores para ponerlos a su servicio y les paga, a cambio de que renuncien a otros halagos, con moneda de perduración y de consuelo. La poesía no es el simple resultado del afán de los hombres a quienes se llama poetas, al contrario, hay poetas porque fuera de ellos hay y hubo siempre poesía:

No digáis que agotado su tesoro  
de asuntos falta enmudeció la lira,  
podrá no haber poetas, pero siempre  
habrá poesía.

Mientras la sombra de la luz al beso  
palpiten encendidas;

mientras el sol las desgranadas nubes  
de fuego y oro vista;  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías;  
mientras haya en el mundo primavera  
habrá poesía.

El poeta es sólo un instrumento, pero no nos confundamos, es instrumento de la poesía que emana de Dios, un mensajero sin alas de ángel pero armado con el verbo e iluminado por él. Debido a esto participa, en algunos momentos, de la comunión de los seres y alcanza a comprenderlos a todos sin comprender nada. Lugones, en un galante y hermoso romance así lo señaló:

### *Gaya ciencia*

Dijo la dama al poeta:  
—Habéis cantado tan bien  
Al ruiseñor amoroso,  
Que con dulce placidez,  
En vuestros versos oía  
Sus propias perlas caer.

—Señora —dijo el poeta—,  
Rruiseñor fui yo una vez.  
—Habéis celebrado al lirio  
Con tan noble sencillez  
Y comprendido su gracia  
Con un acierto tan fiel,  
Que en vuestros versos parece  
Duplicarse su esbeltez.

—Señora —dijo el poeta—,  
Yo he sido lirio también.

—La pompa de los palacios,  
La gallardía y la prez  
De monarcas y princesas  
Dar con tal brillo sabéis,  
Que en vuestros versos el oro  
Parece resplandecer.

El poeta le repuso:  
—Señora, yo he sido rey.

—Dolores que habéis cantado,  
Sin padecerlos tal vez,  
Tan hondo el alma me hirieron,  
Que sin comprender por qué,  
Bajo el peso de la angustia  
Me sentí palidecer.

—Señora —dijo el poeta—,  
Yo fui aquella palidez.

Que el secreto de las cosas  
Y de las almas lo sé,  
Y las canto por sabidas  
Sin saberlas a la vez.

Pues para que bien cantase,  
Mi hada madrina, al nacer,  
Del gozo y pena de todos  
Me hizo la dura merced.

—Entonces —dijo la dama—,  
¿Decirme, acaso, podréis  
Si es verdad que de amor mueren  
Los que bien saben querer?  
Así, el triste ha respondido,  
Quebrados acento y tez:  
—¿A qué preguntáis, señora,  
Lo que a la vista tenéis...?

Estos atributos de la poesía, descubiertos por algunos poetas y entrevistados por muy pocos filósofos los encontramos revelados en la voz espontánea de los bardos de nuestro cancionero popular. Por eso, al comenzar estas palabras, dije que ellos dictan una lección que los poetas cultos deben escuchar.

Esa lección enseña que la poesía es parte irrecusable de la vida. Por eso surge como fenómeno natural. Es rigurosa señora del hombre y su solícita sierva: está pronta para acudir en su auxilio cuantas veces la llame. Ella atiende los reclamos del amor, de la pena, de la soledad. Sirve de enlace entre el hombre y su contorno y le asegura pervivencia en medio de la fugacidad del destino terreno. Es vencedora de la muerte. Viene de Dios y configura un mandato irrenunciable que consiste en dar testimonio de un eterno prodigio.

Esta lección del cancionero popular de mi provincia viene a afirmarme en los contenidos de un llamado que publiqué hace algunos años: "Hay una fractura abismal en el cuerpo de la poesía argentina. Los puentes están rotos por el desapego de los lectores y por el insolente orgullo de poetas que cifran su más alto título para merecer este nombre en su proclama retórica de una soledad sin nostalgias por la comunicación humana, de una soledad soberbia, de una seca soledad que abiertamente rechaza la comprensión del prójimo. Olvidan que la poesía es un diálogo cordial y consolador y se conforman con la complicidad de los "entendidos" como si la poesía pudiese sobrevivir prisionera de los cónclaves. Es necesario rescatarla y restituirle su condición de canto. Debemos derribar todos los muros levantados en torno de ella, para que llegue a ser la camarada del hombre, su nodriza y aparcera".

Tal como lo es, sin ninguna duda, para los anónimos poetas del cancionero popular de Jujuy.

Raúl Galán

(1) Las coplas citadas en este trabajo —que es extracto de una conferencia— han sido tomadas del "Cancionero Popular de Jujuy", de Juan Alfonso Carrizo.



# Historia de un puñal

A la memoria de

Rodolfo Hohmann

*y los años pasan inútiles...*  
"El puñal" Jorge L. Borges

Los seres humanos no perciben cuanto nuestro diario convivir en su mundo nos ha intercambiado "sentimientos" y "sensaciones"... Yo tengo —permítaseme creerlo— una vocación, me creo llamado a algo... Además, tengo deseos muy claros, tengo ideales y... sueños, también "sueños de tigre", como los que guarda el corazón de los humanos, no nos engañemos...

Creo que todos conocen mi historia... me forjaron en Toledo, y luego me trajeron al Uruguay. Fuí regalado y con mi nuevo dueño vine a la Argentina. No saben más de mí, pero aún hay más... y cuánto! Me robaron en 1939. Al poco tiempo, aparecí en una casa de remates, en Jujuy. Aquí me compró un peón obrajero en día de pago. Mi dueño —Prudencio Sánchez— estaba contento con la compra; lo percibí una tarde en que me afiló con mucho cuidado y después hizo conmigo unas "fintas" en el aire. Le resultaba cómodo asirme; me tomaba en su mano y presionaba, a veces suavemente, a veces con fiereza. Yo también era feliz con él.

La tarde de que hablo me había afilado muy bien. Mientras realizaba esa operación —que me enfurece, no lo voy a negar— vió todo el fuego que guardo dentro de mí, y cuando tajeó el aire como si fuera un adversario y alcanzó a oír el ruido apenas perceptible que yo provocaba con sus rapidísimos movimientos, se alegró con esa alegría que da la seguridad y me hizo sonar golpeándome contra un poste; después

me envainó, no sé si con lenta premura o con una prisa despaciosa, pero fué con un ademán lleno de suficiencia y de soberbia...

Como un hombre que ha dormido mucho siente necesidad de estirarse, así experimentaba yo un ansia de acción incontenible y, dentro de mi aparente frialdad, me emborrachaba recordando antiguos duelos y aventuras, ataques y defensas llenos de gloria y de satisfacción. Prudencio me gustaba, ya lo he dicho. Era bajo y ancho y nadie podía imaginar su fortaleza de animal. Al principio me usaba poco, porque mi cabo cincelado y "la cruz" —que en mi caso es un águila con las alas abiertas— llamaban mucho la atención, pero poco a poco fué acostumbrándose, hasta que no me dejó más.

En los días de pago, él, como tantos otros, se emborrachaba. Recuerdo que en una oportunidad discutió "en serio", como dicen... Yo ya me estaba sintiendo parte en la cuestión, pero vino la policía y tuve que guardarme las ilusiones y los ímpetus. Esa tarde comprobé que el hombre se sentía seguro conmigo. Yo soy confiado y confiaba... será por eso que inspiro confianza...? Un día Prudencio se puso a "vistear" con uno de sus compañeros. Todo surgió de una conversación sobre puñales. Un chileno, peón del obraje y pelador de caña, nos contó cómo había robado un machete cañero y cómo hizo con él, un puñal, para que no descubrieran el robo; en fin, nos explicó con muchos detalles cómo lo había convertido en un buen cuchillo de esos que en el campo llaman "del catorce", que es una medida muy larga, que ya no se usa. Era un sábado. Lo recuerdo muy bien. Alguien elogió el cuchillo de Prudencio... quiero decir... me elogió... Prudencio no dijo ni una palabra. El chileno me tomó en sus manos y después de mirarme lentamente afirmó con énfasis que su arma tenía el tamaño ideal. "El cuchillo debe ser así. Más vale que sobre y no que falte" dijo con clara intención crítica y como jactándose ante el auditorio. "Así sabía usarlo la gente de antes... los hombres..." agregó. Para mi modo de ver, era un machete con punta de puñal y nó un verdadero puñal, pero el chileno estaba contentísimo con su arma; tanto que desafió a los presentes a "hacerse unos tiritos". "A tocarse apenas", decía. "Total... qué tiene... nadie se va a hacer nada"... Tanto habló y molestó el hombre que al último casi rogaba. Sin embargo, se adivinaba un aire de burla en sus palabras y era casi denigrante ya que nadie respondiera. Tal vez por eso Prudencio aceptó y dijo que "le iba a hacer el gusto".

Agiles y serenos los hombres nos jugaban con destreza y seguridad; los peones habían abandonado la taba y festeja-

ban con aplausos los esquives y las "salidas". Después de un rato el capataz gritó: "Ya está bueno, muchachos... no sigan porque se van a cortar". Prudencio se detuvo en seguida; yo sentí su secreta satisfacción. El chileno se había entusiasmado y quería continuar. Alguien podrá pensar que el hombre se creía en ventaja... o que era un cuchillero inconsciente, o —con más comodidad aún— afirmará: "pero mire lo que son las ocurrencias... no?". Yo les daré otra razón en la que no se piensa mucho. No era sólo el chileno quien quería seguir. Era su machete. Y también era yo. Píensense y compréndanme. Uno verdaderamente vive cuando vive lo que es... y nosotras, las armas, estamos vivas cuando actuamos como tales en la mano de un hombre... entonces nos miramos en la vida como en un espejo y somos felices como los pájaros en el cielo o, en fin, como ustedes sobre la tierra... Al cabo de un rato, eso es lo cierto, los hombres volvieron a su juego. El chileno, entusiasmado, arremetía con violencia. En un instante en que apoyado en mí saltó hacia atrás, el machete hizo una de las suyas, pues alcanzó y rasgó la camisa de Prudencio, desde la cintura hasta medio pecho. Prudencio se detuvo y miró su cuerpo; en verdad, todos lo miramos y todos le vimos un tajo como de diez centímetros; era un rasguño, una tenue raya roja de la que, a cada pulgada, más o menos, comenzaban a manar pequeñas gotas de sangre.

Seguramente un estremecimiento corrió por el cuerpo de todos. Yo lo sentí en Prudencio. Lo sentí en su mano que se ablandó por un instante y luego se afirmó como nunca, en mí. ¡Ah, estábamos muy bien así! Ya he dicho que soy confiado... y yo confiaba. Me sentía lleno de una fuerza más larga que yo, y había olvidado el mundo por mirar el cuerpo del chileno. Así es... Yo estaba agazapado y esperaba... En un instante, me sentí vibrando en el aire como un grito... Entonces, desesperadamente, busqué mi camino hacia la vida y corté y hendí y me hundí en la carne hasta sentir que me llegaba, —como debe llegar el rubor a las mejillas de las adolescentes— el calor y la felicidad y el horror de la sangre, de la añorada sangre...

Esa es mi historia. Ahora estoy sobre el escritorio de un juez. Debe de ser un hombre sensible porque algunas veces, cuando me toma en su mano, siento que se establece una unión... que yo soy un poco él, y que él es un poco yo... Ya estoy acostumbrándome otra vez...

Jorge Calvetti

El deambular de sus años  
lo duerme en pieza de asilo;  
cual otro silencio puebla  
la soledad sin cariños.  
Allí cuenta sus centavos,  
caridad de los vecinos,  
y la venta de unos frascos,  
que es dinero bien habido.

## *Romance de la María*

Si alguna vez te la encuentras,  
la mirarás sorprendido.  
Mujer quedándose sola  
al final de su destino,  
pájaro anciano, la abuela,  
lleva en sus ojos un niño.  
Cuando en un tiempo lejano  
lo deseó con un suspiro,  
suspiro que el tiempo guarda  
sin devolverlo cumplido,  
al amor del nacimiento  
sus ojos tienen cautivo.  
Con ese amor ella busca  
—qué lugar no ha recorrido!  
la playa del Río Grande,  
las avenidas del Chico;  
calle arriba, calle abajo  
en lo más triste del frío—  
el ramo que no sabrás  
de quién puede ser prodigio.  
Porque si bien la María  
trajo regalo tan fino,  
siempre hay un algo imposible  
tras de sus ojos sin brillo  
que cual un dios envejece  
por apartados presidios;  
que como el de ella es su nombre,  
humilde nombre de olvido,  
y como el de ella, su día,  
ya por nadie conocido.

Vivió María Romero  
el tiempo que fué de un niño;  
a un solo silencio fueron  
los dos, sin haber nacido.



“La situación es injustificable. Son las más altas y más nobles manifestaciones del espíritu, las que estamos dejando caer en el olvido de las indiferencias burguesas de pueblo grande, rico y poderoso. Son los símbolos más característicos de nuestra cultura social: el temple de nuestras almas, la bondad de nuestros sentimientos, el valor de nuestros entusiasmos, nuestra grandeza de ideales, gusto por lo bello y decisión por lo justo, lo que vamos tirando al montón de los escombros de nuestra civilización y progreso. Son los eslabones de la cadena que nos liga a nuestra raza, los que vamos perdiendo en el reguero de oro de las cosechas de lana y trigo. Y mañana, cuando nuestra conciencia de pueblo inteligente y culto busque en el ambiente de las conquistas que ha realizado en su vida, algo más distintivo que el caduceo de Mercurio para alistarse en las primeras filas de la civilización de su época: creencias, tradiciones y costumbres, descubrimientos en el campo de la ciencia, y creaciones en el mundo del arte, si no acopiamos desde ahora las espigas en que podrán cosecharse algunos granos con este objeto, podría suceder que no nos encontráramos diferencia con cualquier factoría más o menos independizada de las que adornan a las grandes naciones que nos honran con su amistad.

“Así lo entendieron nuestros antepasados, los fundadores de la nacionalidad argentina; y lo prueba el hecho de que, apenas se terminó la guerra de la independencia el Gobierno ordenó, por decreto que lleva la firma de Rivadavia (1), que se hiciese una colección de todas las poesías que se habían publicado desde 1810 hasta entonces (1822); y que se pagara el gasto de la impresión, con el *fondo reservado* que se tenía, que era: ¡el saldo del *fondo de guerra* de la independencia!

“El mejor discurso con que, en esta ocasión, pudiera prologarse esta obra está en los considerandos de aquel decreto:

‘Todo hecho como todo suceso grande por su influencia en la independencia de este país, ha producido siempre en esta capital un efecto que ha debido ser notado, más que no ha podido ser apreciado justamente. Tal es el número y el mérito de producciones poéticas que han salido a la luz en tales ocasiones.

‘El presentarlas todas bajo un punto de vista, no sólo contribuirá a elevar el espíritu público sino a hacer constar el grado de buen gusto en literatura a que este país ha llegado en época tan temprana; la armo-

'niosa energía con que ha sentido la dignidad a que  
'subía y lo que debe esperarse de la disposición de los  
'habitantes, empleando los medios que han empezado a  
'conocerse y adoptarse. Una colección, pues, de todos  
'los rasgos poéticos que desde 1810 hasta el presente,  
'el honor y amor de la patria han inspirado, es sin  
'duda un monumento de los más propios a celebrar el  
'aniversario de la declaración de nuestra triunfante in-  
'dependencia tan enérgicamente pronunciada como há-  
'bilmente concebida por el Congreso de las Provincias  
'en 9 de Julio de 1816. A este efecto el Gobierno ha  
'acordado y decreta:"

"Así nació la "*Colección de Poesías Patrióticas*" que  
fué hecha por De Luca, J. de la C. Varela y Echeverría.  
Esta obra es un volumen de 353 páginas, de cuya edición  
sólo sabemos que exista un ejemplar en la Biblioteca  
Nacional (1)".

(1) de la pág. VII. Decreto mandando formar e imprimir una  
colección de piezas poéticas. Buenos Aires, Julio 9 de 1822.  
Art. 1º — Queda facultado el Ministro Secretario de Gobierno  
para encargar la colección de todas las producciones poéticas  
dignas de la luz pública que han sido compuestas en esta Ca-  
pital y en todas las Provincias de la Unión desde el 25 de  
Mayo de 1810 hasta el presente.

Art. 2º - La colección será oportunamente elevada a la aproba-  
ción del Gobierno.

Art. 3º - Aprobada que sea la referida colección se hará de  
ella una impresión distinguida.

Art. 4º - Los gastos de la impresión serán abonados al fondo  
reservado del Gobierno.

Art. 5º - El Ministro Secretario de Gobierno queda encargado  
de la ejecución de este Decreto. RODRIGUEZ — Bernardino  
Rivadavia. (Registro oficial de la Prov. de Bs. As. Libro 2).

(1) de la pág. VIII. Este ejemplar está mal caratulado y peor  
catalogado. Lo han caratulado "*Lira Argentina*" confun-  
diéndolo con la colección de este nombre, y lo han catalogado  
entre las colecciones y no entre las "*Poesías*". Actualmente tie-  
ne el Nº 21401.



# Plática

En diversas publicaciones y “mesas redondas”, ha venido planteándose repetidamente el tema de si existe o no una poesía nacional. En caso afirmativo, cuáles serían sus características o rasgos diferenciales.

Hemos tenido ocasión de opinar sobre el punto y trataremos ahora de dar forma, de sistematizar nuestras ideas al respecto.

Advertimos que, en principio, haremos referencia a literatura en general, dando por sentado que la poesía es una forma de expresión literaria comprendida en aquélla denominación más amplia.

Aclaremos además que nuestras conclusiones resultarán del análisis o examen del “producto” literario; de la obra en otras palabras. Y que no estamos determinados por pre-conceptos (vanidad, patriotismo, xenofobia, etc.) de tal modo que nos resulta indistinta la opinión a que podemos arribar.

La literatura es una; por eso mismo, universal. Han contribuído y contribuyen a su desarrollo, hombres de todas las nacionalidades, creencias, opiniones y escuelas, de manera similar a lo que ocurre con otras ramas del arte y con las cien-

cias. Es por eso que Horacio, Esquilo, el Dante, Shakespeare, Cervantes, Dostoiewsky, Whitman o Lorca, pueden ser justamente valorados como genios, aún traducidos a cualquier idioma y cualquiera sea la nación donde se los difunda.

Hecha esa afirmación genérica, advertimos que la obra literaria adquiere características o tonalidades particulares por gravitación de diversos factores; entre ellos, épocas, escuelas, estilos, opiniones de los autores, lugares o países. Esto último es lo que permite hablar de "literaturas nacionales".

Ahora bien: una literatura corresponde a determinado país, no sólo por el hecho de producirse en cierto lugar. Ejemplos, O'Neil escribiendo durante su permanencia en Buenos Aires; y, a la inversa, Güiraldes bosquejando el "Don Segundo Sombra" en París. Tampoco por la nacionalidad de sus autores; casos de Hudson en "Allá lejos y hace tiempo", Echeverría en sus "Rimas" y Borges en algunos cuentos de clara ascendencia oriental. No podemos olvidar aquí a Laforgue ni al Conde de Lautreamont quienes, aunque uruguayos, pertenecen sin discusión, a la literatura francesa.

Una literatura estará vinculada a determinado país (y podrá por eso ser "nacional"), cualquiera sea el estilo, escuela, tendencia o nacionalidad del autor y cualquiera sea el lugar en que se la escriba, cuando exprese directa o indirectamente:

- un medio geográfico determinado;
- los habitantes de ese medio, aún cuando sean de otra nacionalidad. Quedan así comprendidos los inmigrantes, sí, como ocurre en la Argentina, forman parte del país;
- el pasado, las opiniones actuales y las esperanzas para el futuro, comunes a esos hombres;
- su carácter, usos y costumbres. Su psicología;
- el idioma utilizado en ese país, con sus modismos, giros y matices propios.

Bien entendido que dejamos de lado el pintoresquismo superficial que se limita a decir "huija", "velay", "chango" o cosas por el estilo. En otras palabras, que no se trata únicamente de la epidermis, del color local, ni del uso de ciertos términos, que aún cuando graviten, no pasan de constituir aislados, ese "criollismo literario y macaneante", del que hablaba Unamuno. Podrá ser eso en alguna medida; pero en lo fundamental, se trata de la obra en su conjunto, como exacta adecuación entre forma y fondo. Ideas, sentimientos, experiencias u opiniones a transmitir, sumadas a la cobertura.

Es recién ahora cuando podemos preguntarnos: ¿Hay en nuestro país una literatura que reúna esos requisitos?

¿Qué otra cosa que literatura argentina podrá constituir el libro donde se relatan luchas de montoneras, se mueven hombres apasionados hasta el crimen, que se pronuncian en política a fuerza de impulsos o sentimientos; un libro donde desfilan arenas ardientes juntos a valles fértiles, caballadas, rastreadores, baqueanos, todo en un lugar preciso que son los llanos de La Rioja? Hablamos del "Facundo" de Sarmiento.

¿Qué otra cosa que literatura argentina será un poema romanesco (coplas y sextinas octosilábicas), con gauchos, malones, domas, duelos a cuchillo y boleadoras; con payadas, infortunios y taperas; con reclutados a la fuerza para "conquistar el desierto" y con un viejo sentencioso y refranero? Nos referimos al "Martín Fierro" de Hernández.

Este tipo de preguntas, podría ser aplicado a numerosas obras que, por sus características similares, permiten hablar en forma genérica de "literatura". Admitimos la posibilidad de obras aisladas e incluso, de toda la obra de algunos autores, que no permita la relación con un medio geográfico; incluso las hay que ni siquiera pueden ser ubicadas en el tiempo. Caso que se da con mayor frecuencia en la poesía y, dentro de ésta, en breves poemas líricos o de arte concreto-invención, o en lo que se da en llamar escuelas "neo-sensibles". Pero esto no niega la existencia de la otra corriente que, a nuestro juicio y considerando la producción del país en su conjunto, es la que marca la tónica.

"Poco a poco nuestros escritores han ido documentando la vida de todo el país, apresando paisajes, reflejando costumbres y gentes". (Bonet, El Realismo Literario, pág. 136). Desde la Colonia, hubo ya quienes comenzaron a observar su medio, aunque apegados todavía a formas idiomáticas netamente españolas; y a ideas metropolitanas. Fueron algo así como una etapa de transición, en la que podemos señalar a Lavardén ensayando su "Oda al Río Paraná" y una tragedia, "Siripo". Es preciso recordar asimismo, a los escritores anónimos de las Invasiones Inglesas. Pero la Revolución de Mayo constituye el claro punto de partida de una generación que rompe amarras de manera un tanto confusa; los fundamentos teóricos, racionales, de su actitud, serán dados recién por la generación de 1837.

Sin que pretendamos hablar de genios, hay ya una extensa lista de nombres y obras que nos permiten afirmar la existencia de la literatura argentina. Incluso pensamos que es posible registrar matices que, el andar del tiempo y el

desigual desarrollo de zonas del país, sumados a sus diversas características han acentuado hasta constituir literaturas regionales.

Damos a continuación una nómina limitada a la poesía y que no pretende ser exhaustiva: Autores anónimos (cantores, payadores, copleros); Florencio Balcarce; Echeverría; Ascasubi; Hernández; Obligado; Carriego; Lugones; Juan C. Dávalos; Berges; Barbieri; Gironde; Luis Franco; Pedroni; Rega Molina; R. González Tuñón; De Lellis; Guibert; Olivari; Mastronardi; Zerpa; Castilla; J. Dávalos; Juan E. Acuña; Nicandro Pereyra; Aráoz Anzoátegui; Galán; Busignani; Groppa; Calvetti... Y muchos otros cuya obra ha sido poco difundida por diversas razones. De algunos de los nombrados consideramos para incluirlos, solamente parte de su obra.

No estará de más señalar que, en materia literaria como en el terreno político, no es posible escindir con una línea fronteriza, lo que en definitiva no es distinto. Hay zonas de transición que permiten destacar similitudes entre la literatura del N.O. argentino y la boliviana; entre la del N.E. y la paraguaya; y entre alguna referida a Misiones y la brasileña (algunos cuentos de ambiente, de H. Quiroga). También son francos algunos puntos de contacto entre las obras literarias referidas a la gran ciudad cosmopolita de tipo americano (Buenos Aires, Río de Janeiro, San Pablo, Caracas, etc.).

No perdemos de vista que la máxima calidad del escritor se dará cuando no desatienda su condición de hombre en el mundo. Se lo haya o no propuesto, debe trascender de su medio inmediato. Traducido a cualquier idioma, aunque se desconozcan en detalle los elementos que mencione, el medio que describe, los giros idiomáticos o algunos vocablos que emplee, debe promover en los lectores de cualquier país, un sentimiento de comprensión, de identificación si fuera posible. Pero (repetimos), una serie de elementos de forma y de fondo que componen la obra, permiten por regla general vincularla con un medio geográfico determinado y, en síntesis, hablar de "literaturas nacionales". Ese carácter será una resultante no buscada, una consecuencia involuntaria. Y en muchos casos, mal que les pese a sus autores.



## El llamado

*Al principio sólo levantó dos o tres veces la cabeza y trató de perforar la oscuridad con sus ojos mansos. Luego volvió a la misma posición apoyando el hocico sobre sus patas delanteras.*

*Afuera tronaba la tormenta llenando el cielo de descargas. Después comenzó a caer el aguacero con furia extraordinaria.*

*El le había recomendado: —“Espérame aquí. Vuelvo al anochecer”.*

*El fuego que el hombre dejara alimentándolo antes de salir, iba muriendo en un montón de cenizas. Las sombras cayeron poco a poco, la noche ganó primero el interior de la casa.*

Ahora bramaba la tormenta y entre el ruido del agua contra los techos de cinc y los truenos se percibía a veces el ronco o agudo silbar de las locomotoras. Era como si el mundo probara sus instrumentos antes de empezar una estruendosa sinfonía.

El animal por fin se incorporó dando un aullido. Después empezó a ladrar con todas sus fuerzas y a recorrer la habitación de un extremo a otro. Luego se trepó a los muebles, tumbando una mesa con lo que había encima, enloquecido por la lluvia, los truenos, el encierro. También comenzó a aullar largamente y a arañar la puerta parado sobre sus patas traseras. Hasta que, cuando en el interior de la casa reinaba el desorden, distinguió la ventana. Primero fué hasta ella y pegó el hocico contra los cristales, después quiso introducir las uñas en las juntas. Sus ojos mansos, desesperados brillaron un instante cuando la luz de un relámpago iluminó fugazmente el interior. Desde allí contempló la calle que era un lodazal solitario. Retrocedió una corta distancia, tomó fuerzas y abalanzándose contra el ventanal pudo caer hacia afuera.

Ya casi había cesado la lluvia. Entonces, magullado, perdiendo abundante sangre por el óvalo de un ojo que una astilla de vidrio le vaciara, renqueando, logró llegar hasta el final del callejón junto al descampado en que él yacía con el cuerpo todavía caliente, para lamerle la profunda herida por donde acababan de arrebatarse la vida.

# Tres esquinas

—Gauna Ramón Pedro!

La voz dura y premiosa del tarjador fué como un grito de alerta que despabiló a la gente. A su irrupción siguió un tumultuoso inquietarse de hombres grises, mujeres desgredadas y chicuelos cohibidos de manos sucias y alpargatas rotas.

“Gauna Ramón Pedro!... Gauna Ramón Pedro!... Gauna Ramón Pedro;...”

Proliferó la voz en diez distintas voces como consigna o exorcismo de fatal declamación. Pupilas curiosas registraron en redondo los diseminados grupos hasta que convergieron en la destacada figura del aludido.

—Presente!

Lento, pesado, chicoteándose al caminar las sucias botas para disimular en algo el vano orgullo de ser el primero, el hombre se arrimó al exiguo ventanuco de la Tarja.

—Gauna?

—Servidor señor...

—Capataz. Mensual. Doscientos pesos.

—Sí señor...

Poco fué lo que vió a través del enrejado agujero: una calva reluciente, un rostro flaco y unas manos temblorosas que le alcanzaron la boleta de recibo. Penosamente garabateó su nombre con letra gruesa, torpe, casi infantil. Cogió el sobre ordinario y delgado, giró sobre los tacos chuecos y tocándose el sombrero saludó respetuoso.

—Gracias. Buenas tardes, señor...

—Rojas Florencio Ricardo!

Fué la respuesta inmediata, fría y maquinal.

Al tranco acompasado de su viejo sillonero se volvió a las casas. Un olor a melaza le traía el viento y el sol declinante era como un tábano implacable sobre su ruda espalda. El sobre —que no quiso abrir— le producía en el muslo un extraño cosquilleo. Lo palpó por encima de la bombacha. Estaba ahí. Arrugado, seguramente. Con su nombre escrito en gruesos caracteres de insultante lápiz rojo.

—Doscientos pesos...

Lo dijo sin saber cómo ni por qué, sibilinamente, casi masticándolo junto al pucho de sabor amargo que se murió en sus labios.

—...Doscientos pesos!

Desde que montara dejando atrás la masa gris de la peonada que esperaba turno, su pensamiento fué sólo un silencioso discurrir por su pasado, un lento desandar por las borradas huellas de sus días muertos.

—Y cómo ha pasao el tiempo... ¡La pucha!

Veinte años que lo envejecieron. Llegó de los Valles Calchaquíes hambriento de esfuerzos y porvenires. El Ingenio era cosa de nada, en ese tiempo. Nítida, perfecta en su evocación le llegó la voz del finado don Baldomero Lizárraga, el mayordomo de la fábrica:

—En la fábrica es imposible mozo!... Sin oficio... Puede ser en el cerco, en algún lote...

El lote se llamaba "Tres esquinas" y nadie sabía por qué. Naturalmente eran cuatro: la que formaba el corral, la casa del Administrador, el canchón de carros y el almacén del gallego Rebolledo. Entró como malacatero de la grúa. Para el cultivo fué potrerizo. "Tres esquinas" ya no era nombre que lo inquietara.

—Así que se casa amigo Gauna?

—Así dicen, señor Administrador... Acerca d'eso quería pedirle la casita que desocupó don Cleto...

—Sí hombre, sí! Hablé con el señor Daniel pa ver si lo mejoramos. Hombres como usté hacen falta en "Tres esquinas".

Sonrió el jinete al brillo fugitivo de aquel recuerdo. Volvió a palpar el arrugado sobre perdido en el fondo tibio del bolsillo y al contacto del oculto papel se le crispó la mano:

—Doscientos pesos... ¡Carajo!

Todos sabían en “Tres esquinas” que el capataz Gaudina era hombre que se hacía respetar. Nadie tan madrugador, tan guapo, tan “macho”. Ni un parte de enfermo, ni una falta! Si hasta el “fierro” le tenía miedo cuando lo sacudía desde el caballo nomás, en las mañanas azuladas de frío. No había barriales para su cuarta ni “coyas flojos” para sus conminadores: “Al cerco, al cerco amigos!”

—Veinte años son muchos!

Muchos. Tantos que como una flor se le marchitó la Dominga. Como yuyos le crecieron Marcelina, Ramón y Pedrito. Se murieron de viejos “El Guardián” y “El Machete”. La casita lloraba por las goteras y hasta el álamo crujía cuando lo pechaba el viento. Y ese olor a melaza que lo envolvía todo. Y esa tierra tamizada y suelta que le agrisaba el corazón...

—Pero ha cambiao bastante, sin embargo...

Sí. Ya no era una chimenea: eran tres! Diez las “chorbas”, cien los carros, quince lotes. Y al pueblo había que verlo: Club social, cancha de básquet, agua corriente. Don Daniel ya no vivía en la Sala y el Jefe de Cultivos —don Carlos— tenía una camioneta para sus recorridas. Pero “Tres esquinas” seguía igual...

Reptante y silenciosa la sombra comenzaba a roer las formas de las cosas. Llegaba ya. Un miedoso tableteo de alas trémulas se elevó de los cañaverales anochecidos y lo ubicó de golpe en la realidad. Desenganchó la tranquerilla con el cabo de su rebenque y penetró al patio gris de tierra apisonada. Desde la penumbra del corredor le llegó la voz cascada de su mujer:

—Has cobrao Pedro?

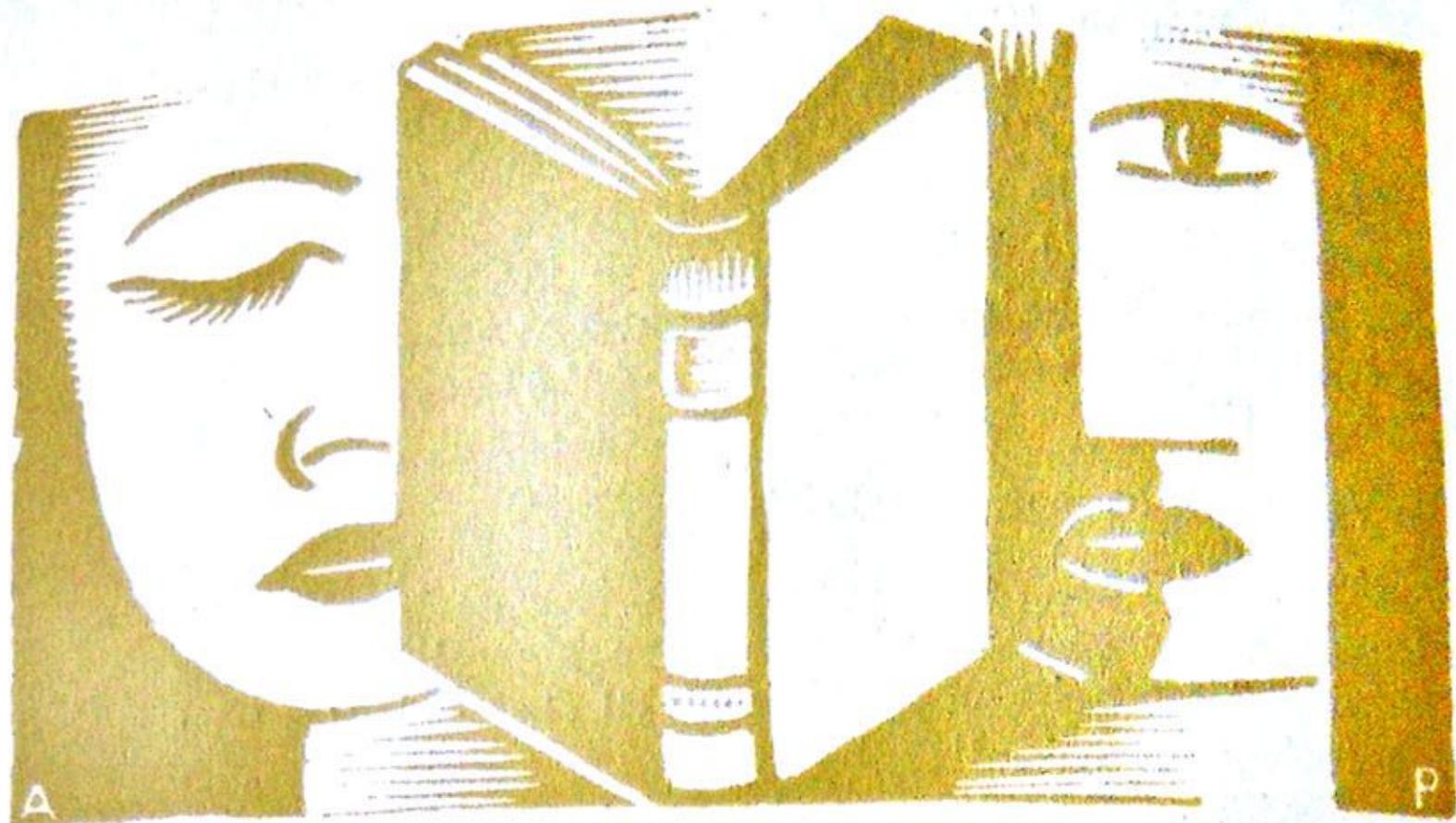
—Sí. Doscientos pesos...

—Y el aumento?

—El aumento?... El aumento ha'i ser pa cuando el lote se llame “Cuatro esquinas”!

Y calló la Dominga porque la carcajada del capataz le llegó como una bofetada desde veinte años contenida!

Carlos E. Figueroa



## Publicaciones

### «Cancionero Popular de Jujuy» Recogido y anotado por Juan Alfonso Carrizo.

Por iniciativa de la "Comisión Asesora de Publicaciones Literarias e Históricas" de la Provincia de Jujuy, se ha reeditado esta obra cuya primera edición (1934), se hallaba totalmente agotada. El hecho merece por esa circunstancia y por los valores del libro que comentamos, los mejores elogios.

Son aproximadamente 4.200 piezas literarias que comprenden Romanes, Rondas Infantiles y Canciones, Coplas y Cantares y Oraciones en quíchua. A la vez, dentro de las Coplas (clasificadas por su asunto, como ya es tradicional), se incluyen Relaciones, Rimas Infantiles, Adivinanzas, etc.

379 Se inicia la obra con un "Discurso Preliminar", que abarca 120 páginas; y que constituye en realidad, un compendio de Historia, Geografía, Zoología, Botánica, de la Provincia; y de las costumbres, tradiciones, vestimentas, alimentación, etc. de sus habitantes. Anotaciones que, si bien en algunos casos pueden ser modificadas o actualizadas, constituyen el andamiaje, el indispensable antecedente sobre el cual deberá trabajarse en lo futuro, para ahondar en cualquiera de esos temas.

Es oportuno recordar hasta qué punto poetas cultos han utilizado (reelaborándolos en mayor o menor grado o inspirándose en ellos), temas de este Cancionero. Y cómo se han incorporado también en canciones que no siempre dan cuenta del origen anónimo de la letra. A manera de ejemplos, señalamos:

Coplas Números 348, 350 y 961:

"A mí me dicen el rubio  
porque quise una rubita,  
¿a quién no le va a gustar  
bañarse en agua bendita?"

Las tres, en chacarera "Mañana de  
mañanita", que figura como de A.  
Chazarreta. Disco R.C.A. Víctor  
68-1598-B.

"A mí me dicen el rubio  
porque quise una rubita,  
¿a quién no le va a gustar  
bañarse en agua bendita?"

"A mí me llaman el negro  
porque yo quise una negra,  
¿a quién no le va a gustar  
tener una cosa buena?"

"El amor del hombre pobre,  
es como el del gallo enano,  
que en querer y no alcanzar,  
se lo pasa todo el año".

Coplas 1643 y 348:

"Si supiera que cantando  
algún alivio tuviera,  
de la noche a la mañana  
cantando me amaneciera".

"Botellita barnizada  
llenita de agua de olor,  
el quererte no ha sido nada  
olvidarte ha sido el dolor".

Copla 2944:

"Quisiera pasarlo al río,  
sin que me sienta la arena,  
en el pie llevar los grillos  
y en el cuello las cadenas".

Copla 507:

"Eran tus ojos brillantes  
en una noche sombría,  
hasta los gallos cantaban  
creyendo que era de día".

Copla 2060:

"Ojos negros miradores,  
¿porqué me miráis así,  
cariñosos para otros,  
rigurosos para mí?"

Copla 2008:

"Lloraré toda mi vida,  
en un silencio profundo,  
si la que amo tiene dueño  
¿para qué andar en el mundo?"

"A mí me llaman el negro  
porque quise una morena,  
¿a quién no le va a gustar  
tener una cosa buena?"

"El amor del hombre viejo  
es como el del gallo enano,  
que en brincar y no alcanzar,  
se lo pasa todo el año".

Las dos en la Baguala "Soy de Sal-  
ta", que figura como de Martín S.  
Bustamante. Disco Odeón e-19739.

"Supiera que yo cantando  
algún alivio tuviera,  
de la noche a la mañana  
cantando me amaneciera".

"Botellita dibujada  
llenita de agua de olor,  
el quererte no era nada  
el dejarte fué un dolor".

Figura como motivo popular, en  
"Baguala" grabada por el Coro  
Universitario de La Plata. Disco  
RCA Víctor 68-0100-A.

"Quisiera cruzar el río  
sin que me sienta la arena.  
(Estribillo)

Soy libre, soy dueño  
y puedo querer".

"Baguala del Pilcomayo". Disco  
RCA Víctor 68-1401-B. Figura co-  
mo recopilación de Víctor Zam-  
brano.

"En la noche oscura y fría  
tus negros ojos brillaron  
y hasta los gallos cantaron  
creyendo que amanecía".

"Yo vendo unos ojos negros", To-  
nada popular chilena. Disco RCA.  
Víctor 68-1827-A.

"Ojos negros traicioneros,  
porqué me miráis así,  
tan alegres para otros  
y tan tristes para mí".

"Lloraré" Disco RCA Víctor 68-  
1234-A. Recopilado por Gustavo Le-  
guizamón.

"Lloraré,  
lloraré toda la vida  
si la que a-  
si la que amo tiene dueño.  
Lloraré, lloraré  
en un silencio profundo  
lloraré, lloraré  
solo y triste en este mundo".

Copla 83-A:

"Cuando me fuí a Guanchaca  
me corté un dedo,  
salió una guanchaqueña  
me ató un pañuelo".

Copla 3012:

"Yo soy el que pinta l'uva  
y la vuelve a despintar,  
al árbol verde lo seco  
y al seco lo hago brotar".

La copla 3018, ha sido tema de inspiración para el soneto de Raúl Galán titulado "Guabchi, Torito" y que figura en su libro "Carne de Tierra", con la cita pertinente:

"En la punta de aquél cerro  
baja un torito serrano,  
en el resuello trae invierno  
y en el balido, verano".

"La Huanchaqueña" que figura como Motivo Popular, Chilena Popular Salteña, en Disco TK. L.D.55-049-A (microsurco).

"Al pasar por Guanchaca  
me corté un dedo.  
Salió una guanchaqueña  
me ató un pañuelo".

"Vidala del Nombrador" J. Dávalos y Falú. Disco TK. S-5209.

"Yo soy quien pinta las uvas  
y las vuelve a despintar,  
al palo verde lo seco  
y al seco lo hago brotar".

"De la punta del cerro con su to-  
[nada  
bajó un toro rezando como un cris-  
[tiano;  
su balido nos trajo todo el verano  
y una flor trajo el aire de su cor-  
[nada".

Jorge Calvetti, en coplas glosadas que publicara el N° 1 de la revista "POR", utiliza parcialmente dos temas registrados en las coplas números 1740 y 2533:

"Yo soy nacida en el campo,  
mi madre fué una perdiz,  
de toditas mis hermanas  
yo fuí la más infeliz".

"En el barrio de Tilcara  
¡qué lindo estarán cantando!  
De toditos los alegres  
sólo yo estaré faltando".

"De toditos mis hermanos  
yo soy el más infeliz  
no tengo quien me recuerde  
ni quien se olvide de mí".

"Me tengo que ir al Ramal,  
la caña me está esperando.  
Entre todos los paisanos  
sólo yo estaré faltando".

Volviendo al "Cancionero", destacamos que se trata de piezas recopiladas; vale decir, no seleccionadas. Así se explica que muchas de ellas no pertenezcan ni por su asunto ni por su forma, al pueblo jujeño. Simplemente, fueron recogidas aquí. Pero entre más de tres mil coplas, hay muchas logradas como verdaderos y brevísimos poemas:

Copla 258:

"¡Bien haiga mocito alegre,  
que la tierra lo ha'i comer!  
Con el tiempo y con la lluvia,  
en polvo se ha de volver".

Copla 1236-c:

"Paloma quisiera ser  
y que me cace el halcón  
que me derrame las plumas  
y me coma el corazón".

Copla 1315:

"¿Porqué, señores, no cantan?  
¿A quien andan recelando?  
No soy más que una apariencia,  
sombra que anda caminando".

Copla 1472:

"De las peñas nace el agua,  
de los árboles el viento,  
de los campos polvadera  
de mi corazón, tormentos".

### Copla 2593:

“He de cantar y bailar  
hasta que la muerte llegue,  
mi cuerpo ha de estar tendido  
y mi corazón alegre”.

Con las numerosas y eruditas notas del autor, se comprueba la íntima relación que nuestro coplerío guarda con el español. También es fácil advertir cuáles son las genuinas, las del pueblo jujeño. Hemos desarrollado el tema en nuestro ensayo sobre “La Copla” y creemos innecesario volver sobre él.

Es de lamentar que no se haya aprovechado la reedición, para salvar los numerosísimos errores que afeaban la originaria; resulta indudable que se utilizaron nuevamente las mismas planchas.

Hay quienes opinan (todavía los hay!), que las creaciones artísticas, el goce estético y las especulaciones científicas, están sólo reservadas a ciertos grupos o sectores minúsculos de predestinados o especialistas. En particular para ellos, esta obra constituye un mentís contundente. El pueblo es el gran creador; el permanente y multitudinario (a veces contradictorio) hacedor. Se trata de facilitarle el acceso, de poner a su alcance los medios que en justicia le son debidos, para que despliegue al máximo todas sus facultades. Muchos tomos más de “Cancioneros”, será posible llenar entonces.

## A. Fidalgo

### «De Aquí» por Miguel Angel Pereira.

Segundo libro de un escritor jujeño, que, superando todos los problemas de la edición por cuenta propia, reitera la cariñosa y exaltada descripción de la Provincia, anticipada en su anterior “Emoción de Jujuy”.

Paisajes y hombres, van fijándose en términos de belleza; los Departamentos, los ríos, los árboles, las minas, el tabaco, la caña y (paralelamente), los humildes, sus esperanzas y creencias, el carretero, el peón, el pocero...

Hay un marcado predominio del interés y de la calidad con que se trata el paisaje; lo cual se explica fácilmente para quienes conocen a Jujuy. Por otra parte, se trata de una característica diferencial de la literatura americana, que responde a la ingerencia de la naturaleza desbordante y gigantesca, aún no sometida por el hombre; o con la que se integra hasta confundirse. De ahí que el Autor se pregunte:

“¿Dónde estaba el hombre? Tierra alzada, monte espeso, altas selvas, abismos mareadores, descarnados barrancos, silencio denso, verdes invictos: ¿dónde la presencia de esa savia roja también invicta y obstinadamente peleadora? ¿Andaría tan natural entre el paisaje que nadie lo extrañaba?” (pág. 25). Y más adelante:

“Hombre y tierra fueron entonces una sola unidad fiel, permutable y comunicativa, de sangre y savia, de carne y barro... De las raíces del bosque sacaron su tenaz fuerza agarradora y del árbol su dura resistencia crecida en curtidas resignaciones. Como la verde algazara breve de las frondas, fueron sus cortas fiestas de santos y carnavales y un triste fatalismo inamovible —una astilla en el al-

ma—, veló por siempre sus impulsos más sinceros, como el nublado al sol en una agrisada tarde de otoño.” (pág. 85).

Pese a ello, el hombre (objetivo último de toda labor artística), no está olvidado. Se lo comprueba con los párrafos transcriptos y en especial, con el capítulo que Pereira titula “Los humildes”; vehemente defensa de un pueblo deshonrado en sucesivos engaños, pero cuyo destino, feliz o desgraciado, será (afirma), el destino de la patria.

Aunque coincidamos con el Autor en este sentimiento de justicia elemental (único por otra parte admisible), no compartimos lo que otros capítulos tienen de opinión o de intencionado. El primero por ejemplo, donde parecen confundirse elogios a las fundaciones “trazadas con la luz del crucifijo y de la espada”, con cierta nostalgia por “el alma toda de América India”. España fué para nosotros, no la civilizadora (como se pretende con machacona insistencia, ahora más que nunca); sino la colonizadora, ávida de riquezas e intolerante en el terreno de las ideas religiosas y políticas. A esos dos rígidos principios adecuó su conducta para con “los naturales”, hasta el punto de alarmar a algún sacerdote honesto que se vió impulsado a escribir la “Breve Relación de la Destrucción de las Indias”. No modifica la opinión, el hecho de que esa fuera la actitud común a otros países. También marcamos el desacuerdo con la referencia irónica al pronunciarse por la “barbarie” de lo nuestro, frente a la “civilización” de lo extranjerizante; ...dando por su puesta la exclusión de lo hispano, como ya hemos visto. De muchos países, de cualquier país, hemos recibido y continuamos recibiendo aportes favorables a nuestro desarrollo; empezando por los brazos de los gringos, continuando con todos los inventos y descubrimientos que facilitan la liberación del hombre moderno. Bastaría con mencionar la imprenta, el papel y la tinta, utilizados por el Autor para su libro. Es claro que también soportamos lo negativo, procedente tanto de otros países, como del propio... En síntesis: la xenofobia es mala consejera y el ahondamiento, el análisis hasta sus últimas consecuencias, llevarán a Pereira (así lo creemos), a encontrar que la línea divisoria entre lo progresista y lo retrógrado, no separa nacionalidades precisamente.

Títulos que merecen destacarse, son “De aquí”, “Los árboles de aquí” y “Zapla”; además de “La Carbonera” y “José Cadena y el pozo”, ya publicados por TARJA. Estos dos últimos en particular, nos llévan a marcar el fácil desarrollo, la fluidez con que Pereira aborda el relato o se aproxima al cuento; vale decir, cuando no se limita a la mera descripción.

El estilo, lujoso de adjetivos, aunque a veces parezcan excesivos los antepuestos. Un ejemplo, “Yavi”:

“Por cuidadas acequias trota el agua su vigilante ronda, arregando con fresca voz de cauce diligente al erecto sortilegio de los alfares y al blando vaivén de los potreros... Un derruido sueño de coloniales grandezas, duerme destechado en la señorial casona de aquel marqués, cuya opulencia pastaba en los cenegosos puestos lejanos”.

La presentación, modesta a la vez que cuidada; viñeta de la tapa, acertada en su alegoría pero descuidada en la ejecución.

En suma: otro meritorio esfuerzo de un escritor argentino, que pone de manifiesto la posibilidad de crear con los elementos próximos, por modestos y cotidianos que parezcan. - A. F.

*«Y en mi nativa inspiración advierto  
que en mi se funden indio y castellano,  
los enemigos en final concierto»*

*J. C. Dávalos*

Cuando hacer versos era aquí aún devaneo de ociosos o a lo sumo repetición de temas que el modernismo había gastado hasta volverlos desechos retóricos, apareció en Salta un vigoroso haz de "Cantos Agrestes" en los que la poesía rescataba su ser verdadero, en cuanto expresión esencial de la comunión del hombre con el medio físico y social y, desde allí, con el universo. Sucesivas obras del mismo poeta dieron firmeza y profundidad al nuevo cauce en el que al viejo hontanar castellano se juntaban sabiamente los recién despejados veneros criollos. A este afán consagró ese poeta no ya los ocios de la vida sino las ansias de su vida entera, que fué así asunción de la poesía y con ello no solamente renovación señera sino también sostenido ejemplo. Por todo esto es que Juan Carlos Dávalos, aunque cubierto ya por la tierra de su muerte, perdura y nos acompaña con la robusta raíz y sentido de su obra y de su empeño.

- Me rescato el asombro elemental de saber** por Elena Janearik - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1958.
- Poemas** por Lucrecia María Filippini - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1958.
- Palabra y responsabilidad** - Varios - Suplemento de los Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1958.
- Misión del intelectual en la democracia argentina** por Hernán Zucchi - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1958.
- Una penetración neolítica en Tierra del Fuego** por Nicolás Sánchez Albornoz - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1958.
- El mito de Narciso en la poesía de Lorca** por Irma Cuña - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1958.
- Prestigio de la palabra** por Héctor E. Ciocchini - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1958.
- El tiempo es un barrio** por Julio César Silvain - Ediciones Gleizer - Buenos Aires 1958.
- El mata** por Julio Félix Royano - Grupo editor Mensaje - Lanús 1958.
- Sangre en las estrellas** por Juan Goldstraj - M. Gleizer editor - Buenos Aires 1958.
- Orbe** por Pablo A. Ramella - Francisco A. Colombo - Buenos Aires 1958.
- Los muelles insumisos** por Rosario A. Mase - Cuadernos de Poesía - Colección El pan duro - Buenos Aires 1958.
- Edad sin tregua** por Susana Thénon - Cooperativa Impresora y Distribuidora Argentina Limitada - Buenos Aires 1958.
- Tránsito ciego** por Nélide Salvador - Cooperativa Impresora y Distribuidora Argentina Limitada - Buenos Aires 1958.
- Canto de amor a Lanús** por Jorge Raúl Talbot - Cuaderno Mensaje de Poesía - Grupo Editor Mensaje - Lanús 1958.
- Todo lo que no es diluvio** por Alberto Lores - Cuaderno del Alfarero - Buenos Aires 1958.
- Tiempo herido** por Estherana Spalla - Córdoba 1958.
- Cartas para que la alegría** por Arnaldo Calveyra - Cooperativa Impresora y Distribuidora Argentina - Buenos Aires 1959.
- Poemas** por Graciela de Sola - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1958.
- Dualidad de Abril** por Gabriel Letier - Ediciones Arte Litoral - Buenos Aires 1958.
- El canto agradecido** por Ricardo Jorge Back - Cuadernos de la Brújula - Buenos Aires 1958.
- Productividad y progreso técnico** - Varios - Editorial Lautaro - Buenos Aires 1958.
- Suburbio azul** por Alfredo A. de Cicco - Señal en el alba - Buenos Aires 1958.
- El semblante** por Luis Alberto Caputi - Cuaderno Julio Herrera y Reissig - Montevideo 1958.
- Alberto Rougés** por Diego F. Pro - Valles Calchaquíes.
- Ahora y allí** por Aristóbulo Echegaray - Ediciones del Instituto Cultural Argentino Búlgaro - Buenos Aires 1959.
- Cuatro grandes poetas de América** - Notas preliminares de Unamuno, Mistral, Lorca, Mariategui - Librería Perlado editores - Buenos Aires 1959.
- Para sostener una esperanza** por Juan Carlos Federico Gorbea - Nadir - Buenos Aires 1959.

**Bolívar de las acollaradas** por Luis Bernabé Natiello - Buenos Aires 1959.  
**Doce poemas** por Bustos, Verandi, Bush - Ediciones del curupí - Grupo Bonaerense "Arroyo del medio", San Nicolás de los Arroyos 1959.  
**El fusilado** por Dardo Cúneo - Edición limitada y fuera de comercio realizada por Francisco A. Colombo, Buenos Aires 1958.  
**Estar en el mundo** por Julio Arístides - Buenos Aires 1959.  
**Teatro. El herrero caprichoso, Lluvia y hollín** por Luisa Grisakan - Cooperativa Impresora y Distribuidora Argentina Limitada - Buenos Aires 1959.  
**Agua reunida** por Daniel Giribaldi - Buenos Aires 1958.  
**Meditación Americana** por Juan Marinello - Ediciones Procyón - Buenos Aires 1959.  
**La sala de los vientos** por Armando Zárate - Ediciones Altamar - Buenos Aires 1959.  
**Cántico del Músico vagabundo** por Juan Pedro Franco - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1959.  
**Las ausentes** por Nina Cortese - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1959.  
**Tu rostro** por Juan Carlos Palavecino - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1959.  
**Nación y cultura** por Héctor P. Agosti - Ediciones Procyón - Buenos Aires 1959.  
**Jaryas andalusies** por Rodolfo A. Borello - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1959.  
**Sobre el capítulo VI de la primera parte del Quijote** por E. F. Rubens - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1959.  
**El buque de la calle de la amargura** por Mario Jorge de Lellis - Editorial Stilcograf - Buenos Aires 1959.  
**Foemas con bastón** por Arnoldo Liberman - Editorial Stilcograf - Buenos Aires 1959.  
**Poesía vertical** por Roberto Juarroz - Ediciones "Equis" - Buenos Aires 1959.  
**Dos poemas** por Francisco Urondo - Ediciones Poesía Buenos Aires - Buenos Aires 1959.  
**El mito liberal** por Héctor P. Agosti - Ediciones Procyón - Buenos Aires 1959.  
**A nivel de los pájaros** por Luisa Johnson - Ediciones Hacia la tierra, el hombre, la poesía - Antofagasta, Chile 1959.  
**Ramas** por Dora Norma Filiau - Ediciones Nord-este - Corrientes 1959.  
**La puerta** por Marily Morales Segovia - Ediciones Nord-este - Corrientes 1959.  
**Duro mundo** por Rodolfo Alonso - Separata de la publicación "Primera Reunión de arte contemporáneo, 1957" - Univ. Nac. del Litoral - Instituto Social - Santa Fe.  
**Los techos** por Héctor Miguel Angeli - Colección Tirso - Buenos Aires 1959.  
**El Tibet sin misterio** por Marius Magnien - Editorial Platina - Buenos Aires 1959.  
**Tatabomba** por Ariel Canzani D. - Botella al mar - Buenos Aires 1959.  
**La pampa y yo** por Ana María Lasalle - Santa Rosa - La Pampa 1959.

**COLABORAN**

*Plástica*

**Audivert**  
pag. 379

**Bertolotto**  
pag. 347

**Gnecco**  
Separata

**Moscarda**  
pág. 352

**Pantoja**  
portada  
págs. 364-67

**Pellegrini**  
pág. 374

**Pons**  
pág. 370

**Soto**  
pág. 341

*Gráfica*

Linotipista

**Leyría**

tipógrafo

**Valda**

maquinista

**Villalba**

fotograbador

**De la Torre**

diagramador

**N. G.**

*Julio a Octubre  
del 59*

*El ejemplar \$ 25*

- Bolívar de las acollaradas** por Luis Bernabé Natiello - Buenos Aires 1959.
- Doce poemas** por Bustos, Verandi, Bush - Ediciones del curupí - Grupo Bonaerense "Arroyo del medio", San Nicolás de los Arroyos 1959.
- El fusilado** por Dardo Cúneo - Edición limitada y fuera de comercio realizada por Francisco A. Colombo, Buenos Aires 1958.
- Estar en el mundo** por Julio Arístides - Buenos Aires 1959.
- Teatro. El herrero caprichoso, Lluvia y hollín** por Luisa Gris-kan - Cooperativa Impresora y Distribuidora Argentina Limi-tada - Buenos Aires 1959.
- Agua reunida** por Daniel Giribaldi - Buenos Aires 1958.
- Meditación Americana** por Juan Marinello - Ediciones Procyón - Buenos Aires 1959.
- La sala de los vientos** por Armando Zárate - Ediciones Altamar - Buenos Aires 1959.
- Cántico del Músico vagabundo** por Juan Pedro Franco - Cua-dernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1959.
- Las ausentes** por Nina Cortese - Cuadernos de la Dirección de Cultura - Mendoza 1959.
- Tu rostro** por Juan Carlos Palavecino - Cuadernos de la Direc-ción de Cultura - Mendoza 1959.
- Nación y cultura** por Héctor P. Agosti - Ediciones Procyón - Buenos Aires 1959.
- Jaryas andalusies** por Rodolfo A. Borello - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Universidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1959.
- Sobre el capítulo VI de la primera parte del Quijote** por E. F. Rubens - Cuadernos del Sur - Instituto de Humanidades - Uni-versidad Nacional del Sur - Bahía Blanca 1959.
- El buque de la calle de la amargura** por Mario Jorge de Lellis - Editorial Stilcograf - Buenos Aires 1959.
- Poemas con bastón** por Arnoldo Liberman - Editorial Stilcograf- Buenos Aires 1959.
- Poesía vertical** por Roberto Juarroz - Ediciones "Equis" - Bue-nos Aires 1959.
- Dos poemas** por Francisco Urondo - Ediciones Poesía Buenos Aires - Buenos Aires 1959.
- El mito liberal** por Héctor P. Agosti - Ediciones Procyón - Bue-nos Aires 1959.
- A nivel de los pájaros** por Luisa Johnson - Ediciones Hacia la tierra, el hombre, la poesía - Antofagasta, Chile 1959.
- Ramas** por Dora Norma Filiau - Ediciones Nord-este - Corrien-tes 1959.
- La puerta** por Marily Morales Segovia - Ediciones Nord-este - Corrientes 1959.
- Duro mundo** por Rodolfo Alonso - Separata de la publicación "Primera Reunión de arte contemporáneo, 1957" - Univ. Nac. del Litoral - Instituto Social - Santa Fe.
- Los techos** por Héctor Miguel Angeli - Colección Tirso - Bue-nos Aires 1959.
- El Tíbet sin misterio** por Marius Magnien - Editorial Platina - Buenos Aires 1959.
- Tatabomba** por Ariel Canzani D. - Botella al mar - Buenos Ai-res 1959.
- La pampa y yo** por Ana María Lasalle - Santa Rosa - La Pam-pa 1959.

**TARJA**

Publicación de arte - registro de  
la propiedad intelectual No. 548 -  
643. - Ramirez de Velazco 212 -  
Jujuy - Arg. - Impreso en Talle-  
res Gráficos Gutenberg de José  
Francisco Ortiz - Jujuy

*Tarja 14 - 15*

*Jujuy 1959*

**Louis Aragon**

*Seis tapices orientales*

*Ilustración de*

**Jorge Gnecco**

# SEIS TAPICES INCONCLUSOS

*Traducción: Mario Busignani*

Tierra aire agua fuego Tapices de mis sufrimientos  
Lágrimas canciones mi amor y Francia

Cuatro elementos cuatro vientos cuatro flores  
Me bastan sin embargo tres colores

Cielo nieve y sangre para lloraros  
El aria que canto es toque de cólera

Gritar fuego fuera de estación  
He visto arder nuestra casa

En el colorido espejo de sus ansiedades  
Las gentes de aquí se asemejan al Mesías

He encontrado a mi Dama al borde del agua  
Mi Dama es Francia y yo no soy Lancelot

.....

y la séptima tapicería es como un domingo después de las seis primeras hecha de pájaros de flores de espesos follajes negros pero también de hombres armados y de caballos y de incendios de muertes de mujeres pisoteadas de niños clavados en las puertas de héroes aporreados en las mazmorras

y un gran grito subiendo desde las entrañas porque comienza al fin el despuntar de la esperanza.

